

# *Historia pública y memoria pública* <sup>1</sup>

*Diane F. Brittan*

Los americanos están enamorados de su pasado. La popularidad de las novelas históricas de personas como Howard Fast y John Jakes, la capacidad del Canal de Historia de atraer a 30 millones de tele-espectadores a la semana, el incremento en la venta de juegos de ordenador como «El Camino de Oregón», la participación en grupos de reconstrucción y la relación de más de 800 organizaciones locales de historia en una guía publicada por la Asociación de Sociedades y Museos Históricos de Ohio <sup>2</sup>, son datos todos que manifiestan un deseo de acceder al pasado en nuestra cultura. Las salas de estar son mini-museos con fotografías y artefactos que representan lo más importante del pasado personal. En algunas familias, los recuerdos, tradiciones y reliquias de familia se pasan de generación en generación, conservando un sentido de continuidad. Los americanos adoran el pasado y lo abordan diariamente.

---

<sup>1</sup> Este artículo es una versión ligeramente revisada del discurso presidencial presentado en la reunión anual del National Council on Public History en Albany, Nueva York, el 2 de mayo de 1997. La autora agradece la ayuda de las observaciones de J. D. Britton y el apoyo de la University of Toledo Research Awards and Fellowship Programo Agradecemos a la autora y a la revista *The Public Historian* la posibilidad de publicar el texto en español. © 1997 by *The Regents of the University of California*. Reprinted from *The Public Historian*. Vol. 19, no. 3. Issue: Summer 1997, pp. 11-23, by permission.

<sup>2</sup> *Historical Organizations in Ohio: A Directory of Historical Societies, Historical Museums, Historical Sites, Historical Preservation Organizations, Genealogical Societies, Historical Libraries, and Statewide/Regional Historical Associations*, 5th Ed., Columbus, Ohio, Ohio Historical Society, 1996.

¿Cómo se relaciona este amor al pasado con lo que hacemos como historiadores profesionales? ¿Se relaciona con la historia que interpretamos para el público, en sociedades y museos históricos por ejemplo, o para los alumnos en nuestras aulas? ¿Cómo influye en la planificación de la conservación y en el análisis de la política histórica o en la conmemoración pública y privada? ¿Qué papel deberían desempeñar los historiadores para ayudar al público a entender el pasado a medida que entramos en el siglo veintiuno? ¿Cómo podemos seguir abordando la cuestión de «quién es dueño del pasado»?<sup>3</sup>. ¿Quién decide qué historias o interpretaciones son legítimas? ¿Qué debe ser recordado y guardado? ¿En qué medida afecta lo que hacemos como intérpretes profesionales de la historia a las formas en las que los individuos se identifican con el pasado? Todas ellas son preguntas que debemos seguir abordando al avanzar hacia el próximo milenio. Debemos tener en cuenta también que en el centro de todas estas cuestiones está el delicado equilibrio entre la historia y la memoria.

En la película reciente, de gran éxito, *Star Trek -Primer Contacto-*, el capitán Ileana Rodríguez Picard viaja hacia atrás en el tiempo con su tripulación para evitar que una fuerza alienígena mortífera -el Borg- se apodere del futuro. En su pasado, el año 2063, Picard se encuentra con la sociedad de científicos -supervivientes de la Tercera Guerra Mundial- que inventan la hipervelocidad de salto en el tiempo, posibilitando así los viajes espaciales intergalácticos. Al entrar en el silo de misiles donde se encuentra el «Fénix», el primer cohete espacial con hipervelocidad de salto en el tiempo (un misil Titan II convertido), una cariñosa mirada de recuerdo se refleja en la cara de Picard. Con reverencia posa las manos en la nave y acaricia suavemente el casco. Su compañera androide, Data, no lo entiende. Picard explica que al tocar algo del pasado, se establece una conexión real. Durante toda la película, visitantes del futuro muestran gran respeto por Zefram Cochrane, el creador, en el siglo XXI, del multiplicador de velocidad para el salto en el tiempo que proporciona a las naves estelares la potencia de volar a la velocidad de la luz o más. El personal de ingeniería

---

‡ Una sesión de la reunión anual de la American Historical Association (AHA) en 1996, con el tema «¿Quién es el dueño de la historia?» analizó el enfrentamiento entre «historias contadas de forma profesional» y «un retomo reflexivo de las memorias». Comunicaciones de esta sesión se publican como «Noteworthy Forum» en *AHA Perspectives*, núm. 35, octubre 1996, 1, pp. 6-10, 26, *YAHA, Perspectives* núm. 35, noviembre 1996, 1, pp. 4-6.

y especialmente el teniente Reginald Barkly le siguen con la esperanza de darle la mano o de hablar con él. Le hablan del enorme monumento, con su estatua apuntando hacia las estrellas, construido en la ladera de una montaña en Montana. Un miembro de la tripulación cuenta con entusiasmo a Cochrane que le estudió en la Academia de la Flota Estelar. Y que antes había asistido a un colegio que llevaba su nombre, en su honor. El hombre del siglo XXI responde consternado a estas noticias acerca de su eminente fama. «No soy yo», les dice a los visitantes confusos del futuro. Cochrane construyó la nave prototipo del multiplicador de velocidad para el salto en el tiempo para enriquecerse, no para iniciar una nueva era de paz y de armonía en el universo para toda la humanidad, como la interpretación popular histórica ha inducido a creer a los hombres del futuro 4.

Éste es sólo un ejemplo de cómo una interpretación general del pasado se refleja en la cultura popular. La frontera entre la memoria y la historia es borrosa. En general, nuestra cultura fomenta un sentido del pasado que choca con lo que los historiadores han documentado como auténtico. Por ejemplo, el relato bien conocido de Paul Revere difiere de los hechos históricos:

*«Escuchad hijos míos y oiréis  
De la cabalgadura de Paul Revere,  
El dieciocho de abril en el setenta y cinco;  
Apenas queda un hombre vivo  
Que recuerda aquel día y año famosos»* 5.

En 1923, mientras Warren G. Harding viajaba por el país, un crítico le señaló que los británicos habían hecho prisionero a Revere y éste nunca realizó la cabalgata inmortalizada en el verso de Longfellow. Sin inmutarse, Harding dijo a la gente: «Suponiendo que no lo hiciera, alguien lo hizo y animó a la milicia de las colonias a luchar en la batalla de Lexington, que fue el inicio de la independencia en la nueva República de América. Adoro la historia de Paul Revere, cabalgara o no» 6. Los famosos versos de Longfellow y las imágenes que evocan

<sup>4</sup> *Star Trek: First Contact*, Rick Berman, Productor; Rick Berman, Brannon Braga, y Roland D. Moore, guionistas; Jonathan Frakes, director, (Paramount Pictures, Inc., 1996).

<sup>5</sup> «Paul Rever's Ride», en *The Poetical Works of Henry Wadsworth Longfellow*, Boston, Houghton, Mifflin and co., 1891, pp. 183.

<sup>6</sup> R. SHENKMAN, *„/ Love Paul Revere, Whether He Rode or Not»*, Nueva York, Harper Perennial, 1991, pp. vii-xi.

siguen formando parte del telón de fondo de la vida americana y, como tal, se incorporan a la comprensión del pasado por la sociedad. Los alumnos de historia pública que asisten a mis cursos han observado modelos semejantes. Cuando se les pidió que anotaran en un diario los mensajes históricos que encontraran en la vida cotidiana, rápidamente se asombraron de la cantidad y variedad de dichas imágenes. Al buscar temas relacionados que pudieran ayudar a definir la conciencia pública de la historia, los alumnos concluyeron que estos mensajes refuerzan muchas de las nociones populares sobre la historia <sup>7</sup>.

Por ejemplo, dado que los americanos se consideran un pueblo heroico, tienden a destacar las vidas de grandes personalidades y a subestimar a grupos y a movimientos sociales. Cuando Michael Frisch pidió a universitarios de nivel general de educación que hiciesen una relación de los diez primeros nombres que les venían en mente ante la cuestión de «La historia americana hasta 1865», citaron constantemente nombres como George Washington, Thomas Jefferson y Abraham Lincoln. Curiosamente, al repetir el mismo ejercicio con distintos grupos, incluido personal de museo y los que se especializaban en historia, el resultado fue semejante <sup>8</sup>. Los diarios de la memoria de los alumnos registran nombres de lugares, placas de calles, monumentos y hasta monedas que rinden homenaje a figuras que desbordan la realidad, casi siempre hombres, que se han convertido en símbolos de lo que significa ser americano. Este tipo de refuerzo cultural ayuda a explicar

---

<sup>7</sup> En mi curso de «Introducción a la Historia Pública», pongo generalmente como requisito que los alumnos lleven un diario de los mensajes históricos que encuentran en la vida cotidiana. Éstos abarcan desde nombres de calles, artículos de periódicos y revistas, letras de canciones, envoltorios de productos, anuncios, películas y televisión, exposiciones en museos, álbumes de fotos de familia, etc. Tras varias semanas de lectura y discusión, los alumnos escriben trabajos analizando dichos mensajes en el marco de un debate sobre la intersección de la memoria y la historia. Considero como un primer paso esencial que los historiadores públicos entiendan la mentalidad y ambiente cultural de su público antes de intentar interpretar el pasado para o con ellos. Para más información sobre el curso o sobre la tarea, diríjense directamente a la autora.

<sup>8</sup> M. FHISCH, «American History and the Structures of Collective Memory: A modest Exercise in Empirical Iconography», en D. THELEN (ed.), *Memory and American History*, Bloomington, Indiana University Press, 1996, pp. 1-26. FRISCH utilizó este ejercicio en cursos generales de Historia durante ocho años en Suny, BufJalo, y encontró poca variación entre los nombres registrados. Durante los últimos seis años, he repetido el ejercicio con diversos grupos, incluidas clases de historia general y niveles superiores, alumnos de historia pública, profesores de educación secundaria y profesionales de museos. Las listas, resultantes de un estímulo de monólogo interior, eran semejantes a las que FHISCH describió en su artículo.

la continuidad de la memoria pública y, por tanto, los resultados constantes de la actividad de Frisch de monólogo interior. Incluso en la película de ficción *Star Trek*, la memoria pública respecto a Zefram Cochrane refleja el tipo de culto a los héroes que caracteriza una visión excepcionalista del pasado nacional y local.

Más allá del heroísmo, los americanos valoran la valentía y, por tanto, frecuentemente optan por interpretar las luchas militares en términos de victoria y valentía en vez de considerar a las víctimas. Los esfuerzos de Frederick Douglas de perpetuar la memoria de la Guerra Civil, que fomentó la justicia social para las antiguas víctimas de la esclavitud, fueron eclipsados por el deseo de honrar el valor y las convicciones de los soldados que lucharon en ambos lados de la causa. La segunda Guerra Mundial, en la memoria pública, impulsó a los Estados Unidos no sólo al rango de superpotencia, sino que les aseguró una posición como árbitro de la moralidad a nivel mundial. Esto es, quizás, irónico a la luz del hecho de que el ejército encarceló a decenas de miles de ciudadanos estadounidenses por sospechas injustificadas de sabotaje. Incluso la guerra de Vietnam, que provocó de forma simultánea el apoyo a la política americana y la crítica ruidosa de las atrocidades militares mientras la guerra desató su furia, puede ser conmemorada mediante la utilización de un enfoque que privilegia la unidad y la humanidad<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> D. W. BLIGHT, «“For Something Beyond the Baulefield”: Frederick Douglass and the Struggle for the Memory of the Civil War», en THELEN (ed.), *Memory and American History*, op. cit., pp. 27-49, documenta la lucha de Douglass hasta el final de su vida para mantener vivos en la conciencia pública los significados ideológicos de la Guerra de Secesión. J. CULLEN, *The Civil War in Popular Culture: A Reusable Past*, Washington D.C., Smithsonian Institution Press, 1995, explora las maneras en que las memorias públicas de la Guerra de Secesión se desvinculan del pasado para reflejar las preocupaciones actuales de la sociedad americana. El conflicto entre la historia y la memoria de la Segunda Guerra Mundial se manifestó recientemente en la cancelación polémica y muy divulgada de la exhibición original sobre el avión *Enola Gay* en el National Air and Space Museum. Los ensayos incluidos en E. T. LINENTHAI, Y. T. ENGELHART (eds.), *History Wars: The Enola Gay and other Battles for the American Past*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1996, presentan una cuidada reflexión sobre las cuestiones en torno al animado debate referente a las interpretaciones históricas del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima. El prólogo de John BODNAR, *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1992, explora los objetivos y compromisos enfrentados de los intereses que confluyen en la creación del monumento a los veteranos de la Guerra del Vietnam en Washington, D. C.

Los americanos se perciben a sí mismos como un pueblo compasivo y responden bien a recuerdos que evidencian su compromiso con los menos afortunados, considerando como lugares conmemorativos estaciones del Ferrocarril Clandestino (sistema de ayuda para esclavos fugitivos) que jamás existieron en la época anterior a la Guerra Civil. Historias de habitaciones secretas, de túneles escondidos y del valor de los abolicionistas blancos, que arriesgaron sus propias vidas para ayudar a las desamparadas víctimas de la esclavitud, siguen captando su atención. Larry Gara ha señalado que «la leyenda misma revela algo del carácter americano» que puede contribuir a explicar su persistencia popular. Observa que «el orgullo local en las comunidades norteañas contribuyó asimismo al desarrollo de la leyenda. Los relatos tradicionales fueron publicados en las historias de muchas ciudades y condados, además de en las revistas de sociedades históricas locales. Todo granero que hubiera cobijado un fugitivo, y algunos que no lo habían hecho, entraron en la relación de estaciones del ferrocarril clandestino... y pocos sectores existen en el norte que no presuman de, al menos, una estación del ferrocarril clandestino»<sup>10</sup>.

Durante el mes dedicado a la historia de la población negra, el *Blade* de Toledo publicó una historia que destacaba los lugares del ferrocarril clandestino en la zona, aunque el titular sólo podía alegar que la ciudad «puede haber tenido varias paradas». Los propietarios locales perpetúan viejas historias que prestan un aire de misterio a las casas históricas que habitan. No obstante, el artículo señaló que uno de los lugares que se rumoreaba haber sido estación no se construyó hasta después de la Guerra Civil<sup>11</sup>. Aunque ensalzamos la leyenda del ferrocarril clandestino, optamos por hacer caso omiso del horror de otros eventos del pasado o bien de restarles importancia. La ciudad colonial de Williamsburg se ha enfrentado con la cuestión de cómo interpretar la historia de la esclavitud sin perturbar los sentimientos de sus habitantes. Un visitante que recorrió las casas históricas de George Washington, Thomas Jefferson, James Monroe y George Mason observó que mientras los guías turísticos reconocieron que cada uno

---

<sup>10</sup> L. GARA, *The Liberty Line: The Legend of The Underground Railroad*, Lexington, University of Kentucky Press, 1961, pp. 17 Y179-80.

<sup>11</sup> N. SCHOENBERG, «Running on the Road to Freedom: Toledo may have had several stops on the Underground Railroad», *Toledo Blade*, 16 de febrero de 1997.

de los primeros patriotas había tenido esclavos, «todos estaban moralmente en contra de la esclavitud»<sup>12</sup>.

Los americanos se consideran un pueblo progresivo y, por tanto, consagran los artefactos del progreso y de la invención tecnológicos mientras eliminan los vestigios de conflicto y de lucha. El Museo Nacional del Aire y del Espacio sirve de símbolo de orgullo «del triunfo inequívoco de la tecnología americana» mientras se hace caso omiso del fracaso, de la controversia y de las voces de los grupos que pueden aportar una imagen más completa del pasado<sup>13</sup>. En Toledo (Ohio), un grupo de ciudadanos destacados trabaja para crear «Toledo's Attic» («El Desván de Toledo»), un museo del progreso industrial del siglo xx en aquella ciudad. Mientras un coloquio de especialistas y los miembros del comité de planificación discutían y deliberaban sobre el interés relativo de diversos temas que podrían ser incluidos en el planteamiento interpretativo, equipos de demolición contratados por la ciudad convirtieron el histórico puente de Elm Street en escombros para dar paso a la carretera del cinturón verde de Buckeye Basin. Durante el verano de 1996, los partidarios de la conservación histórica, los activistas del vecindario y los líderes laborales habían luchado por conservar el puente o, al menos, para que se desmontara con cuidado con el fin de utilizarlo como monumento laboral. El lugar se había hecho famoso durante la huelga Auto-Lite en 1934, uno de los acontecimientos que contribuyó a la aprobación de la Ley Wagner y a la fundación de la CIO. El puente unía los terrenos de la fábrica con un enorme depósito de chatarra donde los trabajadores se reunieron antes de asaltar las verjas de aquella. El control de la zona llegó a ser de importancia vital para la guardia nacional que colocó un puesto de ametralladora que dominaba el puente donde estalló la lucha más feroz. Finalmente dos jóvenes trabajadores fallecieron en el conflicto. Más de sesenta años después, el lugar aún

---

<sup>12</sup> P. LEIGH BROWN, «Away From the Big House: Interpreting the Uncomfortable Parts of History», *History News*, núm. 44, marzo-abril 1989, pp. 8-10, Y Mark BOGRAD, «Apologies Exepected: Faeing Up to Slavery at Historie House Museums», *History News* núm. 47, enero-febrero 1992, pp. 20-21. Paul GOLDBERGER, «Historical Shows on Trial: Who Judges?», *The New York Times*, 11 de febrero de 1996, comenta la eliminación de una exposición, en la Biblioteca del Congreso, denominada *Rack oI the Rig House: The Cultural Landscape of the Plantation*, que recogía fotografías de las viviendas de los esclavos, sólo unas horas después de haberla montado. Al hacerse cargo de la Biblioteca Martin Luther King Jr. en el Distrito de Columbia, los directores "sanearon" el título a *The Cultural Landscape of the Plantation*.

<sup>13</sup> E. B. LYNETHILL, 11/11/01, y (!)a controversy, pp. 21-27.

evoca reacciones emotivas, según manifestó la discusión relativa a su interpretación para el Desván de Toledo. Un miembro del comité relacionó el puente con una «plaga» que no debería incluirse por miedo a avivar las llamas de la vieja controversia. Otros consideran el puente como un símbolo de la historia obrera de Toledo y de su relación con otras luchas a nivel nacional en favor de los derechos de los trabajadores. De momento los restos del puente descansan en contenedores en un rincón del depósito municipal de mantenimiento <sup>14</sup>.

Los americanos siguen considerando a su país como un refugio para los oprimidos, el gran «crisol» de las culturas mundiales, y tienden a asociar su pasado inmigrante con símbolos como la Estatua de la Libertad y la Isla de Ellis. John Bodnar ha señalado que esta iconografía «representa una visión distintiva de la historia americana. Representan la noción de que la inmigración en este país fue esencialmente un golpe a favor de la libertad personal y el impulso de la oportunidad individual; reafirman la creencia que esta nación es actualmente lo que siempre ha sido: un lugar de esperanza y oportunidades para las distintas personas menos afortunadas de todo el mundo». Estos símbolos contribuyen a definir los valores nacionales y a estimular el patriotismo, pero no reflejan en sí la complejidad de las experiencias históricas del inmigrante individual y de su familia en el tiempo y el espacio <sup>15</sup>.

Los americanos definen los Estados Unidos como una sociedad sin clases y alaban los logros del individuo. Muchos colegios públicos destacan el tema de «tierra de la oportunidad» y hacen caso omiso de

---

<sup>14</sup> T. MESSER-KRUSE, «Bulldozing Labor History: The Demolition of Toledo's Historic Elm Street Bridge», *Northwest Ohio Quarterly*, núm. 68, verano-otoño 1996, pp. 144-47, ofrece un buen resumen del significado del puente y de los sucesos del momento de su destrucción. El Toledo's Attic Colloquium, organizado por el profesor Roger Bay, director del Instituto de Humanidades de la Universidad de Toledo (Ohio), reúne a especialistas en historia, ciencias políticas e historiadores locales de temas urbanos además de los miembros de un grupo más numeroso de planificación que representa a las empresas de la ciudad.

<sup>15</sup> J. BODNAR, «Symbols and Servants: Immigrant America and the Limits of Public History», *Journal of American History*, núm. 73, junio 1986, pp. 137. En un debate sobre «Government-Sponsored Research: A Sanitized Past?», *The Public Historian*, núm. 10, verano 1988, pp. 31-58, historiadores conocedores de los dilemas de la presentación de la historia ante el público comentaron la opinión de BODNAR de que la utilización de estos lugares por el National Park Service para la interpretación de la historia de los inmigrantes fomentaba una perspectiva oficial del pasado. Mis observaciones aquí no pretenden reabrir este debate sino simplemente citar símbolos públicos conocidos que evocan memorias determinadas.

la complejidad de esta sociedad diversa y estratificada. James Loewen examinó doce libros de texto de historia americana habitualmente utilizados en las aulas de educación secundaria y descubrió que «los deseos opuestos de fomentar la pregunta y de adoctrinar en el patriotismo ciego» dieron como resultado una falta de interés en los alumnos que no consideran la historia interesante para su vida. En los libros de texto identificó un culto a los héroes que distorsiona las vidas de las personas reales y las representa como «figuras esquemáticas melodramáticas», sin lucha interior, detectó además una falta de diversidad cultural en la historia de la exploración y explotación europeas de América, la evitación de cualquier discusión de la relación entre la historia y el racismo, justificaciones de la desigualdad y una visión positiva de la administración que refleja un cierto sentido de idealismo. Asimismo los libros de texto tienden a descuidar el pasado reciente, por lo cual es difícil que el alumno pueda «establecer lazos entre el estudio del pasado, su vida actual y las cuestiones que habrá de afrontar en el futuro». Loewen concluye que «los alumnos se quedan sin recursos para el entendimiento, aceptación o refutación de las referencias históricas utilizadas en los argumentos de los candidatos políticos, de los profesores de sociología o de los periodistas. Si el conocimiento es poder, la falta de conocimiento no puede ser la felicidad»<sup>16</sup>.

Los profesores, los funcionarios de estudios sociales estatales, los historiadores académicos, los representantes de organismos profesionales, grupos de interés público y los padres pasaron cuatro años inventando las *National Standards for History* (Normas Nacionales para la Historia) bajo la dirección conjunta de Gary B. Nash y Charlotte Crabtree. Mientras se producía una encarnizada controversia política sobre qué incluir en dichas normas para la enseñanza de la historia, la premisa básica de que «el conocimiento de la historia es una condición previa de la comprensión política» salió ilesa. Los autores de las *Normas Nacionales* defendieron la importancia de la historia para el ciudadano culto: «La historia abre al alumno el gran registro de la experiencia

---

ii. J. W. LOEWEN, *Lies My Teacher Told Me: Everything Your American History Textbook Got Wrong*, Nueva York, The New Press, 1995, pp. 1-7, 26, 62, 67-68, 138, 207, 209-210, 246 Y 294. En su nuevo proyecto, LOEWEN reflexiona sobre cómo se representa la memoria del pasado en marcadores y monumentos históricos. En una nota a "publhist", la lista de discusión de la historia pública de la red de Internet, patrocinada por el NCPH, observa que encontró «al menos una docena de marcadores y monumentos conmemorando al KKK o a los fundadores del KKK, pero ningún marcador ni monumento para conmemorar una derrota del KKK o señalar algo negativo en él».

*humana, le descubre la inmensa variedad de adaptaciones que los individuos y las sociedades han adoptado ante los problemas con los que se enfrentan y les revela las consecuencias que originan las distintas opciones adoptadas. Al estudiar las opciones y decisiones del pasado, los alumnos pueden afrontar los problemas y opciones actuales con mayor conciencia de las posibilidades que existen y las probables consecuencias de cada una»* 17.

Desde luego esto es un supuesto básico de la disciplina. Sin embargo la materia de las clases de historia sigue siendo terreno de conflicto. En la novela *The Giver*, que obtuvo la Medalla Newberry de 1994, la autora Lois Lowry examina las ramificaciones de una sociedad que busca la perfección desmintiendo la memoria. Los lectores jóvenes encuentran una figura central que revela que la conciencia de la complejidad de la historia –un conocimiento tanto de los aspectos dolorosos del pasado como de los agradables– proporciona un sentido auténtico a la vida en el presente. Sin embargo, ¿cómo se refleja este concepto en la historia aprendida por los alumnos en el aula?

Lo que decidimos abordar del pasado evoca la memoria de cómo nos vemos como sociedad. Las imágenes que conservamos para recordar nuestro pasado colectivo se reflejan en los mensajes históricos que encontramos en nuestras vidas cotidianas, reforzando así un sentido de conciencia histórica compartida. Quizás en una franca reflexión podemos reconocer que se produce el mismo proceso en nuestras vidas privadas, lo que conservamos como individuos define un sentido de autoidentidad que tiende a centrarse en una nostalgia agradable. Se solicitó a los alumnos una relación de lo que sus familias conservan del pasado y un análisis de lo que estos objetos nos aportan acerca de la historia; describieron temas de supervivencia, de heroísmo de la familia, de compasión y de progreso y observaron que estos temas

---

17 *Naliuna! Standards for History*, Los Ángeles, Calif., National Center for History in the Schools, 1996, pp. 41. Para información de la polémica sobre el desarrollo de las normas, véase G. B. NASH, «National Standards in US History: A Note from the President», *OAH Newsletter*, núm. 22, noviembre 1994, 1, pp. 16; L. V. CHENEY, «The End of History», *The Wall Street Journal*, 20 octubre 1994; G. B. NASH y Charlotte CRABTREE, «A History of All the People Isn't PC», carta al Editor, *The Wall Street Journal*, 21 noviembre 1994; «The History Thieves», cartas al Editor, *The Wall Street Journal*, 8 noviembre 1994; J. APPLEBY, «Lessons in History-based on Facts», *The Washington Post*, 19 noviembre 1994, y C. GLUCK, «History According to Whom?», *New York Times*, 19 noviembre 1994.

reflejaban la memoria histórica de un nivel superior de la sociedad <sup>18</sup>. Estas observaciones de tipo anecdótico indican la necesidad de mejorar el entendimiento del modo en que los americanos perciben la historia. La futura publicación de David Thelen y Roy Rosenzweig *How Americans Use and Understand the Past* (Cómo los americanos utilizan y entienden el pasado) trata de «la necesidad de un mayor conocimiento de las perspectivas populares sobre el pasado». Las motivaciones de los autores incluyen el deseo de «conversar con mayor claridad» con un público cada vez más diverso, resultado de los esfuerzos emprendidos para «aumentar el contenido y la práctica democrático-históricos», para fomentar la consideración del pasado como «fuente de autorización, identidad e instrucción para construir un futuro mejor» y para contribuir a la creciente literatura especializada que trata la conciencia histórica popular. El trabajo comienza con la premisa, postulada por Cad Becker hace años, que los americanos son usuarios activos del pasado y, por tanto, participan en una empresa semejante a la de los historiadores profesionales. Esta noción no ha sido investigada seriamente, por lo cual una nueva encuesta nacional aporta datos en bruto para examinar las formas en que los americanos acoplan el pasado a su vida cotidiana <sup>19</sup>. Esta publicación puede ayudarnos a empezar a abordar las cuestiones planteadas anteriormente al relacionar la memoria personal con el entendimiento histórico popular.

La conciencia histórica nacional ha sufrido continuos cambios a medida que los americanos pretenden definirse a sí mismos a partir de una percepción compartida del pasado. Michael Kammen, en su trabajo extraordinario *Mystic Chords Or Memory* (Acordes místicos de la memoria), explora el papel de la tradición, de la memoria colectiva y del patriotismo en la sociedad americana y las transformaciones que han experimentado, especialmente en las generaciones a partir de 1870. Su libro analiza la manera en que los americanos han adquirido su sentido del pasado, cómo le han asignado un sentido simbólico y cómo se han modificado sus percepciones y usos del pasado a través del tiempo. Estas construcciones se basan en las luchas mantenidas entre

---

<sup>18</sup> El ejercicio de enumerar lo que los individuos conservan del pasado forma parte de una clase de Humanidades, *Transformation Or Memory*, que impartí en la Universidad de Toledo (Ohio).

<sup>19</sup> R. ROSENZWEIG y D. THELEN, *How Americans Use and Understand the Past* (manuscrito inédito, 1996), Y CARL BECKER, «Everyman His Own Historian», *American Historical Review*, núm. 37, enero 1932, pp. 221-36.

identidad y memoria. Estudios recientes sobre la memoria la definen como un acto de construcción, emprendido en apoyo a la identidad. Construcciones de la memoria que se contraponen constituyen el epicentro de las interpretaciones públicas de la historia que se cuestionan.<sup>20</sup> Los americanos están enamorados del pasado porque define quiénes son como individuos y lo que valoran como sociedad. Cuando los historiadores profesionales interpretan y, por tanto, desafían dicha identidad, amenazan una estructura de creencias que aporta sentido y significado a las vidas de los individuos y de los grupos.

¿Quién habla, entonces, en nombre de la historia? ¿La historia es una memoria colectiva o algo más? Como profesionales, parece que entendemos la importancia de estudiar el pasado y, sin embargo, hasta en el nivel más básico —la enseñanza de la historia en las escuelas— nos retan las nociones populares de lo que el pasado debería ser. En 1997, en el umbral del milenio, vivimos bajo la amenaza de influencias políticas que nos apartarían de los beneficios de una disciplina que se basa en un patrimonio rico y honrado. La cancelación de la exposición original *Enola Gay* en el Museo Nacional del Aire y del Espacio tras la presión de los grupos de veteranos, el ataque del Congreso a la primera edición de *National Standards* para la enseñanza de la historia en los Estados Unidos, la reducción proporcional de la Dotación Nacional para las Humanidades en respuesta a la crítica conservadora y la retirada

---

<sup>20</sup> M. KAMMEN, *Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991. Para una reflexión sobre la memoria, véase M. HALBWACHS, *The Collective Memory*, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1980, y E. BLAIR BOLLES, *Remembering and Forgetting: An Inquiry into the Nature of Memory*, Nueva York, Walker and Co., 1988. En la introducción de su libro *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. XXII, D. LOWENTHAL diferencia memoria e historia: "Por su naturaleza personal y, por tanto, en gran medida no comprobable, la memoria se remonta sólo hasta la infancia, aunque a nuestros recuerdos añadimos los que nos cuentan nuestros antepasados. En contraste, la historia, cuyos datos y conclusiones compartidos han de estar abiertos al escrutinio público, se remonta hasta o más allá de las primeras manifestaciones de la civilización. La muerte de cada individuo conlleva la extinción total de un sinnúmero de recuerdos, mientras la historia (al menos la impresa) es potencialmente inmortal. Sin embargo, toda historia depende de la memoria y muchos recuerdos incorporan la historia. Y son deformados igualmente por la percepción selectiva, las circunstancias que intervienen, la percepción retrospectiva.» J. R. GILLIS (ed.), *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1994, examina los planteamientos transculturales de la conmemoración y cómo reflejan la politización de la memoria y de la identidad. D. THELEN resume los lazos entre la memoria y la historiografía reciente en su introducción a *Memory and American History*, *op. cit.*, VII-XIX.

de la subvención estatal de programas doctorales de historia en Ohio son sólo una muestra, entre los ejemplos más destacados, del ataque al ejercicio profesional de la historia.

A medida que los temas de erudición e interpretación entran en el discurso público, los historiadores profesionales han de adaptarse a las ramificaciones de la vigilancia de su trabajo por parte de la sociedad. Alfred Young propuso la adopción y el desarrollo de un código que protegiese «la integridad de la investigación e interpretación históricas en los museos y lugares históricos». Su propuesta promovió una reunión celebrada en Washington, D.C. vinculada a la reunión anual de la Organización de Historiadores (ŪAH), en 1995. Los participantes discutieron la necesidad de tener un código, semejante al principio de libertad académica de que goza el profesorado, con el fin de proteger a los historiadores que ejercen en el ámbito público. En cambio, Robert R. Archibald, presidente de la Asociación Americana de Historia Estatal y Local (AALSŪ), se opuso al desarrollo de un código de libertad interpretativa y en su lugar definió el problema como «la manera en que los historiadores pueden asumir públicamente la responsabilidad de las narraciones que han elegido presentar». Sostuvo que un código «puede venderse bien a los historiadores» aunque «no sea aceptable para el público», que no tiene que visitar ni nuestras instituciones ni nuestras aulas. La cuestión, según Archibald, «no es si los historiadores suscribirán dicho código, sino si lo hará el público». Ha afirmado que la autoridad sobre la interpretación pública no debe basarse exclusivamente en un código de libertad académica, sino que debe desarrollarse «principalmente mediante acuerdo interno y amplia discusión pública». Aunque dicho procedimiento no garantiza que se evite la controversia, asegura una base de apoyo lo suficientemente amplia como para sobrevivirla «con nuestra integridad interpretativa intacta»<sup>21</sup>.

Entre las controversias y debates, los historiadores profesionales que apoyan la historia pública se adhieren a la meta de llegar a un público diverso con la historiografía más reciente, según explica Leon Litwack: «*El estudio del pasado nunca ha sido más inclusivo, más variado en su enfoque, más imaginativo en su metodología ni más sensible a la variedad de documentación cultural { ..}. Voces ahogadas hace mucho, se escuchan ahora y se integran en el estudio de la historia personas*

---

<sup>21</sup> A. F. YOUNG, «SOS: StOlm Warning for American Museums», *ŪAH Newsletter*, núm. 22, noviembre 1994, pp. 1 Y 6-8, Y Rohert R. ARCHIBALD, «From the president», *AALSŪ Dispatch*, mayo 1985, p. 3.

*antaño marginadas. Durante las tres últimas décadas éste ha sido claramente el desarrollo de mayor importancia y mayor alcance en la redacción y en la enseñanza de la historia. El hecho de incluir nuevas voces, diálogos y experiencias ha transformado profundamente la manera en que pensamos, hablamos y escribimos sobre el pasado.»*

Litwack considera esta tendencia como motivo de auto-felicitación, pero señala que está marcada por una deficiencia seria: no consigue hacer la historiografía más accesible ni más explicable al público. Al hacerlo quizás trasladaríamos la interpretación pública más allá de nuestra propia sociedad y cultura y renunciaríamos a versiones del pasado que sólo sirven intereses del presente o necesidades de determinados grupos. Según Litwack, «Ese tipo de historia puede ser una buena terapia, quizás incluso ayude a formar ciudadanos más patrióticos, pero nunca ha sido una buena historia». Litwack considera la libertad académica -«nuestra libertad de cuestionar e investigar diversas versiones de la realidad, de experimentar ideas nuevas y de examinar críticamente viejos dogmas y valores e incluso atacar cánones y descubrir lo absurdo»- como «la fuerza esencial de esta nación». Los historiadores, afirma, deben hablar en nombre de la historia y «emplear todo su esfuerzo en protegerse de este derecho de intrusión, ya sea por parte de organismos gubernamentales, de juntas escolares, de juntas de universidad, de comisiones de libros de textos o de los que se auto-nombran censores o partidistas políticos». Un futuro más humano depende de nuestra capacidad «de conservar nuestro pasado y de comunicarlo libremente, con claridad y eficacia»<sup>22</sup>.

¿Qué podemos hacer? Debemos situarnos más allá del debate político y centrarnos en un mayor conocimiento de los procesos en los que la memoria y la historia se cruzan. Debemos encontrar el equilibrio entre la memoria y la interpretación histórica profesional. Sólo así podemos servir a la sociedad. Sólo así podemos asegurar el futuro de la profesión de la historia. Sin un conocimiento de las relaciones entre la memoria, la identidad y la historia, los argumentos acerca de la libertad académica carecen de sentido y, en el mejor de los casos, la interpretación pública del pasado sería sentimental y, en el peor, inútil<sup>23</sup>. Los historiadores públicos necesitan la seguridad de la libertad

---

<sup>22</sup> L. F. LITWACK, «Beyond the Boundaries of the Academy», National Council for History Education, Inc. *History Matters*, núm. 8, septiembre 1995, pp. 1 Y 5.

<sup>23</sup> El ensayo de D. GLASSBERG, «Public History and the Study of Memory», *The Public Historian*, núm. 18, primavera 1996, pp. 7-23, proporciona a los historiadores

académica para poder buscar la verdad histórica de forma objetiva, un precepto fundamental de este campo de estudio. Pero si quieren ser útiles a sus distritos o Estados con eficacia, necesitan estar enterados también de la diversidad de opiniones que el público tiene de las interpretaciones del pasado. La historiografía profesional puede ser percibida como elitista por individuos que filtran el pasado a través de memorias particulares y compartidas. Debemos tender un puente sobre el abismo que existe entre estas distintas formas de entender la historia.

La memoria y la cultura material son dos vehículos que permiten el acceso directo al pasado, según lo demostró tan oportunamente el capitán Picard cuando encontró un artefacto con significado no sólo para su propia vida sino para la existencia misma de su mundo. Es importante comprender la respuesta emotiva de Picard a los recuerdos que provocó, que le aportaron una identidad significativa. En cambio, una metodología histórica meticulosa podría haber revelado, de forma simultánea, un retrato más complejo de Zefram Cochrane y de su invención de una nave con hipervelocidad de salto en el tiempo, facilitando así para el futuro la comprensión de su importancia, más allá del mero culto al héroe manifestado por los miembros de la tripulación de la *USS Enterprise*, una interpretación del inventor forjada mediante la memoria reforzada por la cultura popular.

En un Consejo Nacional de Historia Pública –en su sesión celebrada durante la reunión de la Asociación Histórica Americana (AHA), de 1997–, la presidenta de la Organización de Historiadores Americanos (OAH), Linda Kerber, caracterizó las recientes crisis de la profesión como «trágicamente dinamizantes» pues, paradójicamente, han provocado el efecto benéfico de ayudar a reducir algunos de los límites artificiales que existían entre los historiadores que, de hecho, comparten metas comunes. Joyce Appleby, actual presidenta de la AHA, propuso recientemente que todos los historiadores se convirtiesen en historiadores públicos. Reconoció que la historia pública ha llamado la atención de la esfera pública desde hace algún tiempo pero destacó que, además de interpretar el pasado, deberíamos «buscar todas las ocasiones posibles para hablar con los que no son historiadores... sobre cómo se produce la historia». Appleby señala que muchas de las controversias sobre

---

un buen punto de partida en la consideración de estudios sobre la memoria y su pertinencia en la enseñanza y práctica de la historia pública. El artículo de GLASSBERG obtuvo el Premio G. Wesley Johnson de 1997 como contribución destacada a la literatura sobre la historia pública.

la interpretación pública de la historia se oigan porque «existe una opinión popular muy extendida de que el pasado persiste de alguna manera para forzar la mano de los que le reconstruyen. El insistir en que el conocimiento histórico comienza con las preguntas de alguien destruye esa ilusión». Sostiene que es responsabilidad de los historiadores profesionales, en las distintas comunidades, no sólo la interpretación del pasado sino el fomento de un mayor entendimiento de «cómo los historiadores se ocupan de hacer historiografía»<sup>24</sup>. Sin embargo, de forma simultánea, si en calidad de profesionales optamos por hacer caso omiso del conocimiento inherente a la memoria cultural que nos rodea, nuestro mensaje caerá en oídos sordos y quedaremos cautivos en una torre de marfil, independientemente de dónde ejerzamos nuestro oficio.

(Traducción: Bárbara C. Knowles)

---

<sup>24</sup> «Public History and Professional Organizations», sesión patrocinada por el NCPH celebrada en la reunión anual de la American Historical Association, New York City, 4 de enero de 1997, y J. APPLEBY, «Should We AH Become Public Historians?», *AHA Perspectives*, núm. 35, marzo 1997, pp. 3-4. Esta comunicación trata de la necesidad de explicar al público la metodología que apoya las interpretaciones profesionales de la historia. Un tema relacionado es el de la presentación de información histórica. En un número reciente de la revista *Discover*, J. DIAMOND comenta y critica el desdén de la comunidad científica profesional hacia C. SAGAN por sus esfuerzos por ganarse un público amplio. Aquí puede haber una lección a la que debemos prestar mucha atención en la profesión de la historia. J. DIAMOND, «Kinship With the Stars», *Discover*, núm. 18, mayo 1997, pp. 44-49.